

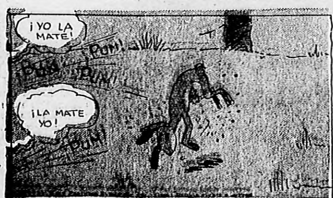


















LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI por SEGAR

























ELOGIO DEL VENDEDOR de GLOBOS

EN los parques públicos, el vendedor de globos ofrece su mercancía: la más débil de todas las mercancías, pronta a dar el salto definitivo hacia el cielo. Puñado de cabezotas infladas, rojas, verdes, amarillas, blancas, azules, entrechocando entre, sí, desconformes de su cautiverio, como pájaros maravillosos, los globos esperan que un niño los compre para escapar volando, en la primera ocasión de sus torpes manecitas. El vendedor de globos lo sabe y suena su pito llamando a los clientes. Junto con los esféricos multicoles, él será libre también. Cada globo que vende le devuelve un poco de su libertad, perdida entre los árboles del parque. Por eso hay que hacer el elogio del vendedor de globos, del alma buena del vendedor de globos, de las ciudades.

* * *

HAY comerciantes sórdidos que explotan la niñez. El dueño de la calesita es uno de ellos. Casi siempre tiene al aspecto de un brigante feroz. El juguete que vendè no se acaba nunca, no puede romperse, no se es jamás dueño de él. No es un juguete. El masitero también tiene el alma atravesada y no se dejaría robar por nada del mundo, la más horrible de las golosinas. La que hace una semana acecha, en el fondo del canasto, la tentación insaciable de los pibes. Pero, el vendedor de globos es casi siempre un viejo que tiene al alma en la punta de un hilo, tirando hacia el azul. No falta nunca a la cita de los niños, entre los canteros del jardín y es tan manso que ningún pájaro se atravería a picotearle los globos...

UNA vez — así, como en los cuentos — el viejo que había corrido el mundo y atravesado mares, engarrotado por el reuma, cargado de recuerdos, encontró, en un rincón de la vida, el oficio que lo salvaba del Asilo de Ancianos. Y se puso a vender globos, y a imitar a los canarios con un pito maravilloso que sólo él sabe tocar y que ningún chico ha descubierto aún, pegado como lo tiene — fina laminita de metal — al paladar.

Desde entonces, sólo cuando llueve y no hay niños, pone en los paseos públicos la gracia de su carga prodigiosa, abatido a veces, materialmente hundido en la carga de pompas que el viento balancea pesadamente. El vendedor de globos es uno de los tipos característicos de la ciudad. El mundo infantil conoce su reclamo, como distingue la corneta del manisero y la lluvia de burbujas sonoras que arroja el pito del vigilante.

¿Sabe el viejo vendedor de globos que hace muchísimos años, un hombre como él, llamado Montgolfier, empleaba el aire caliente para elevar un globo enorme en cuya barquilla había puesto, entre otros animales, un gallo, un carnero y un canario? El canario volvió sin marearse de aquel viaje aéreo, pero no nos atreveríamos a decir lo mismo del gallo y del carnero.

¿Sabe el viejo vendedor de globos que, un dirigible no es sino un globo más perfecto que los que él vende? ¿Que ese enorme armazón de tela y aluminio que hoy domina, manejado por poderosos motores, los cuatro horizontes de la tierra, tiene su origen en los suyos, algunos de los cuales tienen, como la luna, una cara pintada? El globo de juguete nació antes que el dirigible, al contrario de lo que pasa con otras cosas, empequeñecidas al alcance de los niños.

* * *

A medida que pasa el tiempo van pasando también las cosas que ayer significaban la alegría de los chicos. No existe en el mundo ciudad alguna que posea el Panteón de los Juguetes Perdidos, milunanochesco museo donde irían a parar los entretenimientos que fueron. Allí irían a dar la primera muñeca de palo y el último diábolo que dió volteretas en el aire. Allí estaría, arrumbado, el carrito de los helados, con sus frascos y el derruído organito con sus muñecas de porcelana. Algún día ocupará su sitio también, el globo, substituído por algún otro juguete... pero no... el globo es eterno, como el payaso, como el oso, como la pelota. Y este es el mejor elogio del vendedor: saber que ha elegido una de las dos o tres cosas capaces de seguir alumbrando de alegría el alma de los niños, hasta el fin de los siglos.

★ El Diamante Nassak ★

ANTE los tribunales de apelación aduaneros de los Estados Unidos, se verá en breve el proceso de un diamante. Es el enorme diamante Nassak, una de las piedras preciosas más célebres del mundo, una de las piedras que tienen historia. En esta ocasión se trata únicamente de decidir si esa piedra ha de estar sujeta a derechos de entrada o no.

El diamante en cuestión fué encontrado, hace ya muchos siglos, en Nassak, a 70 millas de Bombay, en uno de los antiquísimos templos que allí existían. Se cree que fuese la ofrenda de algún hindú creyente. El diamante pasó a manos del príncipe que allí regía y hace más de cien años, en 1818, lo adquirió la Compañía Ostindica. Esta lo envió a Inglaterra, donde fué tallado de nuevo, perdiendo, por ello, parte de su primitivo peso. Este peso era de 89 3|4 quilates y estaba tallado a estilo indio, sin facetas. Hoy pesa 78 5|8 quilates.

Repetidamente vendido y revendido, llegó el diamante por fin a poder del marqués de Westminster, dejándose después otro largo tiempo de oírse hablar de él. Ahora, de repente, aparece en los Estados Unidos. Un joyero neoyorquino lo trajo aquí, introduciéndolo sin pagar derechos de aduana, pues sobre tesoros artísticos que sean más antiguos de un siglo, no hay en Norte América derechos de aduana. Los tribunales mismos confirmaron al joyero explícitamente la liberación, pero negociantes de piedras preciosas han apelado contra tal resolución. Dicen que la introducción de piedras preciosas sin el pago de aranceles, constituye una competencia ilegítima, pues el diamante puede ser tallado en varias piedras más pequeñas, que él podrá vender a precios más ventajosos que ellos, que han tenido que satisfacer derechos. Y de ahí que el diamante Nassak haya vuelto a dar que hacer a los tribunales. La hermosa piedra estará sobre la mesa del tribunal. Está hoy tasada en 500.000 o 600.000 pesetas. Fuera de discusión está su antigüedad de más de cien años.



¿Pero es un objeto artístico? Los joyeros americanos dicen que tallar un diamante no es un arte, sino un oficio. Falta esperar qué criterio adoptará el tribunal.

★ Un Caballo Detective ★

SE ha registrado en la ciudad de Toronto un robo, cuyos autores han sido descubiertos, a causa de la fidelidad de un caballo.

Hace unas noches, tres ladrones penetraron en un establecimiento, donde robaron mercaderías por una importante cantidad de dinero.

Los ladrones fueron sorprendidos por un policía; pero lograron huir, sin dejar rastro y sin que el policía tuviera el menor dato para efectuar su detención.

En la parte de atrás de la tienda, se encontró en carricoche, tirado por un caballo, que indudablemente debía pertenecer a los ladrones, porque en su interior se encontraron varios paquetes de objetos robados en la tienda.



Inmediatamente comenzó la policía las investigaciones para descubrir a los ladrones y detuvo pronto a tres individuos maleantes, como presuntos autores.

Los detenidos negaron que ellos hubieran cometido robo alguno. Cuando se les preguntó si el caballo y el carricoche les pertenecían, dijeron que no. Como no había ninguna prueba de su delito, fueron puestos en libertad.

Pocas horas después, la policía dejaba también en libertad al caballo, el cual se dirigió inmediatamente a una casita situada en las afueras de la ciudad, en un lugar solitario, donde se paró a la puerta, dando relinchos de alegría. La policía que había seguido al caballo, pudo comprobar que los tres individuos sospechosos eran los que habitaban la casa, donde el caballo se había dirigido en cuanto fué dejado en libertad.

La noble bestia se portó, pues, como un excelente detective.

★ Un Remate de Leones ★

SE venden, en pública subasta, varios leones africanos en magnífico estado y domesticados para ser presentados ante el público de circo más exigente".

Esta curiosa subasta se celebrará en breve en Bueckeburg, en Schaumburg-Lippe, y los leones podrán ser obtenidos a un precio verdaderamente barato.

El juez de Bueckebug tiene a su disposición, para venderlo al mejor postor, el hermoso lote de leones; pero, hasta ahora, todas las tentativas de venta de los reyes de la selva han resultado infructuosas, porque, por lo visto, nadie necesita ahora leones para nada.

Las fieras pertenecían a un circo ambulante, que estuvo trabajando una larga temporada en Bueckeburg. Como los artistas que formaban parte de la compañía presentaran una demanda contra el propietario del circo, por falta de pago de los sueldos estipulados, el juez que cursó la demanda se incautó de lo que le parecía que valía más de todo lo que el dueño del circo poseía, es decir, de los leones. Ahora, sin embargo, lamenta no haber sabido que los pobres leones no son en nuestros días tan apreciados como hace unos años.

En vista de que no había medio de encontrar dueño para los leones, el juez ha dispuesto sean vendidos en pública subasta, con la esperanza de encontrar un comprador en esta forma.

Las autoridades de Bueckeburg están bastante preocupadas con el problema que se les puede presentar si, después de todo, no hay nadie que quiera comprar los leones.

Bandoleros Femeninos

NO sólo son ahora los bandidos los que tienen aterrorizados a muchos habitantes de Chicago, sino que desde hace poco tiempo hay varias jovencitas que hacen la competencia a los ladrones profesionales.

No hace muchos días, una muchacha "bandido" penetró en una joyería de Chicago, y después de dar un golpe violento a la encargada con la culata del revólver, que la hizo caer al suelo sin sentido, robó alhajas por valor de 20.000 dólares.

Varios choferes han declarado que una joven bonita y bien vestida ha subido en varias ocasiones a sus automóviles. Después de recorrer unos cuantos kilómetros les ordenaba parar para hacer subir a un amigo que se encuentra, y los dos juntos dan orden de dirigirse a determinado lugar de los alrededores. Cuando llegan a un sitio solitario de la carretera mandan parar, y, pistola en mano, obligan al conductor a desprenderse de su traje, que inmediatamente viste la muchacha, después de lo cual montan de nuevo en el automóvil, abandonando a su conductor en medio de la carretera.

ESCALOPE Y SEVERINA

Los Humildes Servidores de un Gran Hotel

por Jack Lait y Paul Fung

MUY BIEN... MUY BIEN... HE PROCEDIDO MAL Y LO SIENTO.
YA SABÍA QUE HABRÍA CONDICIONES...
SI ME CONSIGUEN UN PERRO, ME VOY A PORTAR BIEN.
¿UN PERRO?
MIENTRAS YO ESTÉ AQUÍ NO. HABRÁ NINGÚN PERRO.
SI YO FUERA USTED CONSEGUIRÍA UN PERRO PARA MÍ. LA PRUDENCIA ES...
LA PRUDENCIA EXIGE DEMASIADO... Y LE ACONSEJO SEÑORITA BOMBÓN, QUE NO VUELVA A ACUDIR A NINGUNA DAMA MISTERIOSA.
CONSIGA UN PERRO A LA CHICA, SEA BUENO...
QUISIERA SER BUENO CON ELLA, PERO ES QUE LE TENGO COMPASIÓN AL PERRO...

5-31

LA SUERTE DE LAUCHA

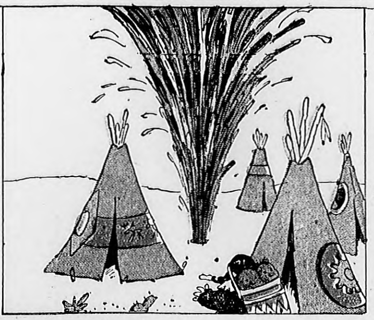
Hazañas Cinematográficas

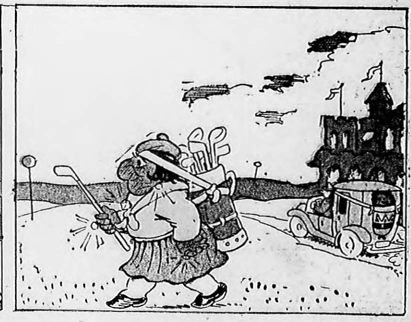
por Lym Young









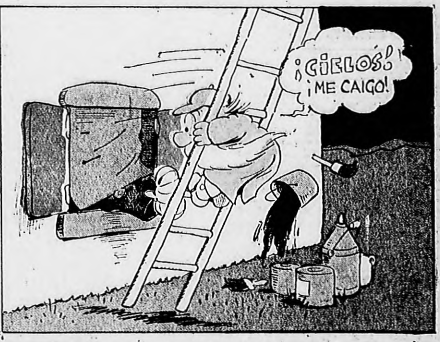


LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA

























El Tesoro de la Ciudad de l

El Tesoro de la Ciudad de los Césares

Novela de aventuras, original del célebre escritor yanqui Milton Harvey, cuyos derechos de publicación en castellano ha adquirido con carácter exclusivo

Mr. Gordon Burke, Subjefe de la Policía Montada del Norte, era el poseedor de un legajo que guardaba el secreto del Tesoro de la Ciudad de los Césares. El valioso documento ha sido robado por Minigann, y, muerto éste, pasó a las manos del jefe de contrabandistas Jimmy el Pellencendido.
Otro contrabandista llamado Resneck ha conseguido despojar a Jimmy del legajo. Jimmy el Pellencendido, su mujer Eleonor, su hijito Jack, el ex sargento de la Policía Montada Joe Mc. Lean y Dick Mc. Kenna que también perteneció al Cuerpo, están ya en la Patagonia Argentina en compañía del indio Tucapel, el único que sabe el lugar exacto donde se halla el tesoro escondido. Resneck y la banda también están en la Patagonia, donde llevan cometidos varios crímenes y donde continúan asolando pueblos a pesar de la persecución continua del comisario de Norquín, apodado "El Guapo".
Al cruzar el Valle del Terror, poblado de ánimas en pena, donde se hallaban Tucapel y sus protegidos, la banda de Resneck tuvo un encuentro con los gendarmes de "El Guapo". Resneck y los suyos consiguieron atravesar la frontera e internarse en Chile. Pero "El Guapo" está decidido a terminar de una vez con los terribles bandidos del Norte. Mientras tanto, llegaron a la Patagonia ilusionados por la aventura del tesoro escondido Mr. Gordon Burke y tres pillastres llamados Charles el Aristócrata, Dunn el Conejo y Jamesson alias Vitriolo los cuales, con la cooperación del indio Lonquimay, robaron al pequeño Jack, hijo del Pellencendido.

"La Venganza de Lonquimay"

I

Mr HUDSON

ES UN HOMBRE SUMAMENTE INTERESANTE

El inquilino de la oficina 727 en el décimo noveno piso del edificio de la Gold Sidney en Broadway es un hombre de aspecto extraño. Alto, delgado, ya entrado en años, de cabellos grises y lentes de carey cabalgando sobre su corva nariz, generalmente camina con la vista fija en el suelo, como si quisiera evitarse encuentros molestos. A su oficina 727, que él atiende personalmente — es su empleado y su amo — acude con alarmante frecuencia esa gente tan antipática, portadora de carpetas de cuero donde guardan, foliados y visados, recibos que exigen pago inmediato. Mr. Hudson atiende a todo el mundo con la misma sonrisa y apenas mueve los labios para decir en voz que no admite réplica:

—No es posible. Los negocios andan mal. Será en otra oportunidad.

¿A qué clase de negocios se dedicaba Mr. Hudson? Parecía prestamista, pero, era indudable que no debía serlo dado el estado precario de sus finanzas. Si no era prestamista, ni agente de seguros ¿qué podría ser? ¿A qué actividades se dedicaría Mr. Hudson? No sería extraño que fuera espía internacional o enviado secreto de los Soviets, pero probablemente no lo fuera porque en verdad su figura lo ayudaba poco.

Pensar que Mr. Hudson tuviera tratos comerciales con Al Capone, sería calumniarle. Ni con Al Capone ni con ningún potentado del contrabando de alcohol. Mr. Hudson era un hombre cuidadoso de la moral — podemos asegurarlo — y jamás cometió un acto del que tuviera que arrepentirse por inmoral.

En la puerta de su oficina, una chapa anunciaba: "Mr. HUDSON". Y ni una sola letra más.

¿Acaso tendría interés Mr. Hudson en ocultar su profesión y sus medios de vida?

Lo cierto es que a determinadas horas de la tarde, penetraban en su despacho los sujetos más misteriosos de Nueva York. Al verlos, cualquiera creería que Mr. Hudson se ocuparía en adquirir a bajo precio los productos del robo y del asalto, pero ya hemos dicho que Mr. Hudson era, sobre todas las cosas, un hombre honrado.

II

LA MUJER

LA MUJER ENLUTADA LLORA

El reloj de Gold Sidney daba las cinco de la tarde cuando una señora enlutada descendía del ascensor en el piso décimonoveno y cruzando el pasillo de las oficinas de la Compañía Californiana encaminábase al despacho de Mr. Hudson.

Con los nudillos de los dedos dió tres golpes y la puerta se abrió. Mr. Hudson observó a la mujer a través de los lentes de carey que cabalgaban sobre su corva nariz y dijo con voz breve:

—Pase usted.

La mujer enlutada penetró en la oficina de Mr. Hudson y cuando éste, después de cerrar la puerta, le señaló un sofá de cuero gastado por el uso, la pobre señora se dejó caer y el sofá produjo una queja de elásticos cansados. Decimos pobre señora porque cualquiera la compadecería al verla enlutada, con los ojos llorosos y las manos temblorosas.

¡Qué espectáculo de tristeza ofrecería la mujer enlutada, cuando el propio Mr. Hudson, poco amigo de sentimentalismos— Mr. Hudson e n t e n d í a por sentimentalismos el compadecer al prójimo que sufre — le dijo:

—Cálmese, señora. Es necesario aceptar las cosas con resignación!

—No puedo!... ¡No puedo!... ¡Oh, Mr. Hudson!...

Y llevándose el pañuelo blanco a los ojos, la infeliz rompió a llorar desesperadamente.

III

EL HOMBRE

QUE LLEGA VESTIDO DE GRIS

Un hombre vestido de gris llamó en el despacho de Mr. Hudson.

Mr. Hudson, antes de resolverse a abrir la puerta, dijo a la mujer enlutada:

—Ya está ahí. Serénese.

—¡Dios mío!... ¿Será posible?

Mr. Hudson movió el picaporte. Frente a él apareció un hombre de estatura mediana, de lentes ahumados y barbilla negra en punta.

—¡Mi enhorabuena, Henry!... ¿De vacaciones?

—Gracias a usted, Mr. Hudson.

—No se lo diga a nadie, pues podría traerme graves complicaciones.

El hombre vestido de gris sonrió. Mr. Hudson le dejó el paso franco y recién entonces el desconocido pudo ver a la mujer enlutada. Fué hacia ella y con incontenida emoción exclamó:

—¡Ethel!... ¡Mi desdichada Ethel!

La mujer enlutada, como si hubiera sido tocada por una fuerte corriente eléctrica, se desplomó a los pies del hombre vestido de gris.

Mr. Hudson trajo presuroso un frasco de sales y luego de no pocos esfuerzos consiguió reanimarla. Vuelta en sí, la señora balbuceó:

—¿Es posible, Dios mío? ¿Eres tú, Henry?

—Sí, mi vida, soy yo. Serénate. Soy el hombre que ha logrado escapar de la silla eléctrica.

IV

UNA NOTICIA

EN LA PRIMERA PAGINA DE LOS DIARIOS

En Broadway se esparció la noticia rápidamente. Los vendedores de diarios la voceaban y la gente les arrebataba los ejemplares de la mano.

—¡La evasión de Henry Duvernois!... ¡El francés condenado a muerte acaba de fugarse de la cárcel! ¡El asesino Henry Duvernois en libertad!

Para que el lector conozca la versión periodística, copiamos a continuación la escueta noticia publicada por "The New York Herald Tribune":

"Henry Duvernois, de origen francés, de treinta y cinco años de edad, corredor de alhajas, acusado de haber cometido el alevoso asesinato de Conrad Weiss en una casa de juego y condenado a morir en la silla eléctrica el lunes de la próxima semana, se ha evadido de la cárcel. Hasta este instante, las autoridades de la prisión ignoran en qué forma Duvernois llevó a cabo su fuga. Sólo sabemos que ha dejado en su celda una breve esquela dirigida al director del establecimiento, en la cual le dice:

"Volveré con las pruebas de mi inocencia".

V

EL CRIMEN

EN LA CASA DE JUEGO DE WEISS

Segun parece, el francés Henry Duvernois sentía la atracción del juego. El tapete, en Montecarlo, le había llevado íntegra la herencia paterna. Durante un tiempo trabajó con ahínco hasta lograr reconstruir en parte su fortuna. Fué entonces cuando conoció a Ethel en Nueva York y se casó con ella por amor. Pero, he aquí que un día volvió a sentir el vértigo del juego y se dejó llevar por la mala pasión. Henry Duvernois llegó a ser contertulio de los casinos y garitos neoyorquinos. Lo mismo pasaba la noche jugando en un club aristocrático que en el infame refugio del barrio bajo.

Henry Duvernois estaba perdido. Ya no lo detenía ningún escrúpulo ni el amor de Ethel. Obligado por las circunstancias a ganarse la vida, consiguió la representación de una gran joyería francesa y se dedicó a la venta de alhajas finas. En estas actividades obtenía pingües ganancias, pues negociaba las más valiosas joyas con las encumbradas damas y los potentados radicados en Nueva York.

Si un acontecimiento trágico no hubiera sacudido brutalmente la vida de Duvernois, el francés habría continuado vendiendo alhajas y jugándose las comisiones. Pero he aquí que una noche Henry Duvernois fué detenido bajo la inculpación de un crimen. Conrad Weis, propietario de una casa de juego, fué hallado sin vida junto a la ruleta.

El portero, que en ese instante hallábase en el salón de "bridge", alcanzó a oír estas palabras:

—Devuélveme el brillante, Weiss o te mato!

Inmediatamente sonó un tiro. El portero corrió hacia la sala de la ruleta y se encontró con el cuerpo inanimado de Conrad Weiss. El matador había desaparecido, pero, el portero había reconocido la voz amenazante. Llamado a declarar dijo, poco más o menos:

—Estaba en el salón de "bridge", cuando escuche la voz de Duvernois que decía:

"Devuélveme el brillante, Weiss, o te mato!".

—¿Está usted seguro de que era la voz de Duvernois?

—Segurísimo. Inmediatamente sonó el disparo. Cuando me acerqué a la ruleta, Conrad Weiss había dejado de existir.

—Preguntado Henry Duvernois si había pronunciado tales palabras, declaró:

—En efecto: yo dije a Conrad Weiss: "Devuélveme el brillante, Weiss, o te mato".

VI

EL BRILLANTE

LA DECLARACION DE HENRY DUVERNOIS

Henry Duvernois agregó:

—Dije esas palabras y lo amenacé con mi revólver. Pero juro que no hice fuego sobre él.

—Entonces ¿quién mató a Weiss?

—Yo no he sido.

—¿Por qué huyó?

—No sabría explicarlo. Huí aterrorizado. Al escuchar la detonación, experimenté tal susto que llegué a suponer que se me habría escapado un tiro. Pero la carga estaba intacta.

—¿Por qué amenazó usted a Conrad Weiss?

—Llegué a la casa de juego la noche del crimen y perdí todo mi dinero. La noche anterior había entregado a Conrad Weiss un estuche con un brillante, diciéndole:

—"Conrad, guárdame en tu caja de hierro ésto. Vale mucho y sufriría un gran disgusto si se perdiera."

—¿Cuánto valía el brillante?

—Diez mil dólares. Una fortuna para mi en ese momento. Quiero aclarar que el brillante no me pertenecía, pues, de otra manera ya lo habría jugado hacía tiempo.

—¿Tenía usted confianza en Conrad Weiss, como para entregarle en custodia un brillante de diez mil dólares?

—Sí. Ya otras veces lo había hecho con alhajas de mayor valor.

—¿Se negó a devolverle el brillante Conrad Weiss?

—Después de haber perdido el dinero que llevaba, me dispuse a dejar el club. Entonces le pedí a Conrad que me devolviera el brillante. Conrad me llevó a su despacho y abrió su caja de hierro. El brillante había desaparecido.

—"¡Me han robado, Duvernois! ¡Se han llevado el brillante y mi dinero!".

Fué tal la impresión que sufrí que solo atiné a pensar en que se trataba de una maniobra de Weiss para quedarse con el brillante. Extraje rápidamente mi revólver y apuntándole al pecho le grite: "Devuélveme el brillante, Weiss, o te mato". Terminaba de pronunciar estas palabras cuando Weiss caía muerto de un balazo. Juro por Dios que yo no lo maté.

De nada le valió a Henry Duvernois jurar por Dios. La justicia lo condenó a morir en la silla eléctrica.

VII

CONRAD

—"ERA INOCENTE", — AFIRMA DUVERNOIS

Mr. Hudson preparó tres pocillos de café. Mientras lo tomaban, Mr. Hudson preguntó a Henry Duvernois, que no otro era el hombre vestido de gris:

—Dígame, Henry, ¿usted cree que Conrad quiso birlarle el brillante?

—Bajo la impresión del robo lo supuse así, pero, ahora estoy convencido de que Weiss era inocente.

—¿Quiere decir, entonces, que efectivamente robaron la caja de hierro?

—Así lo creo.

—¿Duda usted de alguien?

—No sabría qué decirle, Mr. Hudson...

—¿Recuerda usted quiénes estaban en la casa de juego la noche del crimen?

—Más o menos...

—Haga memoria, Henry y procure recordar todos los nombres.

—Voy a ir ubicando a cada uno. Verá usted. Stenner, el contratista; Mayson, Grey, Thomas, Fred Hudson...

—No tiene nada que ver conmigo ese Hudson — interrumpió sonriendo Mr. Hudson.

Henry continuó enumerando nombres:

Charles el Aristócrata; Dunn, Jamsey el de Chicago y Jameson, un sujeto a quien llaman "Vitriolo".

—¡Ah!... — Mr. Hudson jugaba con la cucharita de café. — ¿Conque estaban Charles, Dunn y Jameson? Tengo entendido que son muy amigos.

—Nunca he conversado dos palabras con ninguno de ellos.

—Sé que son muy amigos y que actualmente se hallan en la Patagonia Argentina acompañados por Mr. Gordon Burke, subjefe jubilado de la Policía Montada.

—¿Duda usted de éllos, Mr. Hudson?

—No, Henry, no dudo. Estoy seguro de que uno de ellos es el matador de Conrad Weiss.

Henry se puso de pie como movido por un resorte. La mujer enlutada dejó escapar una exclamación de asombro.

—¿Tiene usted alguna prueba?

—Sí, Henry. Tengo una prueba que sólo vale para nosotros. Debemos buscar ahora una prueba que posea valor para la justicia.

—¿Cuál es la prueba?

—Esta.

Y Mr. Hudson exhibió ante los ojos asombrados de Ethel y Henry, el brillante de diez mil dólares robado de la caja de hierro de Conrad Weiss.

VIII

LA PESQUISA

LA VERDADERA PROFESION DE Mr. HUDSON

—¡El brillante!...

—Sí, Henry. Este es el brillante. Si no hubiera creído en su inocencia desde el primer momento, no me hubiera preocupado en conseguirlo. Pero, como la policía siente un gran desprecio por los detectives privados y como yo, naturalmente, no estaba de acuerdo con la justicia en lo que respecta al fallo de culpabilidad, me dediqué por entero a buscar el brillante robado. El ladrón es el asesino.

—¿Cree usted...?

—¡Vaya si creo...! El brillante fué robado cinco minutos antes de que usted y Conrad abrieran la caja. El ladrón no tuvo tiempo de abandonar el despacho, de manera que cuando Weiss descubrió el robo, el ladrón se hallaba agazapado detrás de algún mueble. Cuando usted amenazó a Weiss, el ladrón hizo fuego. La cosa le resultó bien y usted fué condenado a morir en la silla. Pero, desgraciadamente para Jameson o Charles o Dunn, o para los tres juntos, yo no estuve de acuerdo con el fallo condenatorio.

Desde hacía tres meses que vigilaba a esos tres pájaros y la noche del crimen los seguí hasta la casa de juego. Yo siempre creí que Weiss era sincero al asegurar que lo habían robado. Más tarde me enteré del viaje a la Patagonia con Mr. Gordon Burke, que anda detrás de un tesoro escondido y el día de la partida tuve suerte. Fué en el vapor cuando conseguí apoderarme del brillante.

—¿Lo llevaban ellos?

—Sí. Revisé el camarote y en el forro de un abrigo hice el hallazgo.

La mujer lloraba silenciosamente.

—¿Qué ocurre Ethel? ¿Porque lloras ahora que estoy libre?

—Lloro de felicidad, Henry.... Yo también creí en tu inocencia.

IX

¿CUAL DE LOS TRES?

¿JAMESON, DUNN O CHARLES?

—¿Cual de los tres es el asesino? — preguntaba Henry.

—Lo ignoro — repuso Mr. Hudson. — Sólo sé que uno de ellos fué quien hizo fuego contra Conrad. Pero es de esperar que dentro de poco descubramos al verdadero autor.

—¿Dice usted que están en la Patagonia Argentina?

—Sí, Henry, y hacia allí partiremos hoy mismo a media noche.

Mr. Hudson explicó su plan. Consistía en dirigirse a la Patagonia, primero, para evitar que Henry fuera capturado y luego para descubrir al criminal. Una vez arrancada la confesión del delincuente, Henry, Ethel y Mr. Hudson volverían a New York y Henry cumpliría la promesa de su esquela de despedida que decía: "Volveré con las pruebas de mi inocencia".

—¿No tendremos contratiempos, Mr. Hudson?

—No, Mr. Grave.., digo, Mr. Duvernois. Me olvidaba advertirle que usted se llama desde hoy, Mr. Lionel Grave y su esposa Ana de Grave. Así lo afirman los pasaportes que he conseguido.

—¿Habrán detenido al guardián, Mr. Hudson?

—El guardián que le dejó a usted franca la puerta de la cárcel está en viaje a California, donde piensa dedicarse a la ganadería. Cuando regresemos, también él podrá volver a su empleo.

—¿A la cárcel?

—No, a esta oficina. El guardián es mi ayudante Richard.

A medianoche ya estaban a bordo del vapor que los llevaría a la Argentina. Desde la cubierta, escuchaban los gritos de los vendedores de periódicos, a lo largo de muelle:

—¡La evasión del condenado a muerte!... ¡Henry Duvernois se fuga de la cárcel...! ¡Ultimas noticias de la sensacional evasión...!

Y cuando el vapor comenzó a alejarse, Ethel apretó entre sus manos la mano temblorosa de Henry.

—¡Gracias a Dios...! — Dijo. Y le agradeció también con la mirada a Mr. Hudson, que agitaba su mano en despedida, como si entre la multitud que hormigueba en el muelle, estuviera algún pariente o amigo.

X

EN REHEN

EL NIÑO APRESADO POR LONQUIMAY

Mr. Gordon Burke estaba de acuerdo a extorsionar a Tucapel y a sus amigos, mediante el robo del niño.

—Que nos revelen el lugar exacto donde está enterrado el tesoro y les devolveremos el niño.

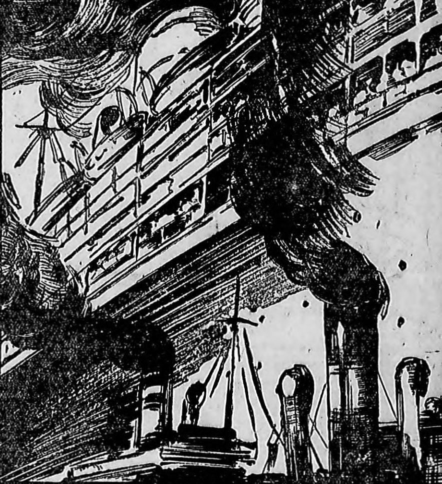
Lonquimay se manifestó de acuerdo con Mr. Burke, aunque íntimamente, el asunto del tesoro le interesara menos que la venganza. Lo que el indio rencoroso deseaba era que el propio Tucapel se decidiera a buscar al niño para ejecutar su deseo de muerte.

—Si viene, morirá — había dicho.

—Ya se vió cómo era mentida la leyenda forjada por Lonquimay y que sólo el despecho antiguo de verse rechazado por la bella Luz del Día, hija del anciano cacique Aguila de Oro, habíalo obsesionado con el afán de vengarse.

El pequeño Jack conservaba su ánimo. Era un niño hecho en el peligro y había vivido ya demasiadas emociones para que tuviera temor en manos de Lonquimay. Durante la noche, el pequeño meditaba en una probable fuga. Lo que más le dolía no era el hallarse prisionero, sino el dolor de la madre.

—¡Si pudiera escapar! — se decía. Pero, inmediatamente pensaba en las dificultades



"Estaban a bordo del vapor que los llevaría a la Argentina"



Y llevándose el pañuelo a los ojos, la infeliz rompió a llorar desesperadamente.

Terminaba de pronunciar estas palabras cuando Weiss caía muerto de un balazo.



del camino. Una cosa era en el Norte y otra en tierras desconocidas. ¿Y si se extraviaba y perecía de hambre o de sed en el desolado lugar patagónico? No, no era posible escapar. Preferible era aguardar los acontecimientos.

Junto a una hoguera, Charles, Dunn y Jameson, conversaban. Más abajo, en la gruta que les servía de refugio, se hallaban Mr. Burke y el indio Lonquimay.

El pequeño Jack prestó oídos a la conversación:

—¿Qué dices del tesoro, Jameson?

—Que es una leyenda.

—¿Volverías a New York ?

—¿Y por qué Lo que me gustaría sería atrapar al maldito que me llevó el brillante.

—¿Y Henry Duvernois? ¿Qué será de él?

Jameson rió fuerte y dijo:

—Estoy convencido de que no volverá a jugar jamás en su vida.

Y tenía mucha razón Jameson. Porque en ese mismo instante, Henry decía a Ethel, en un rincón de la sala de lectura del vapor que los conducía a la Argentina:

—Jamás en mi vida volveré a jugar, Ethel...

XI
UN GENDARME
LLEGA CON UNA GRAVE NOTICIA

A los dos días de la llegada de "El Guapo" y Aluminé a la región de los Lagos y mientras el comisario se hallaba investigando la desaparición del hijo de Jimmy, apareció un gendarme.

—Señor comisario — le dijo. — Vengo de la comisaría de Nahuel Huapí. Acabamos de recibir este telegrama.

"El Guapo" leyó el papel que le entregó el gendarme. Decía:

"Bandidos van hacia Nahuel Huapí. Movilicen fuerzas. Avisen comisario Ñorquín".

—Dígale a su jefe — le dijo "El Guapo" al gendarme, — que antes de una hora estaré en su despacho.

Tal como lo asegurara, "El Guapo" se presentó ante el comisario de Nahuel Huapí escaso tiempo después. Los dos comisarios se conocían y eran viejos amigos.

—Hola, "Guapo"!

—¡Hola, Contreras!

—¿Cuándo crees que tendremos "visitas"? — preguntó Contreras sonriendo.

En idéntico tono le respondió "El Guapo".

—Creo que los turistas llegarán pasado mañana. Será necesario recibirlos con estrépito.

—Eso no faltará, "Guapo". Los muchachos están preparados y les tengo fé. Son valientes, como los tuyos, "Guapo", y los bandidos tendrán que ser brujos para escapar.

—Estoy por creer que lo sean, Contreras.

—¿Por qué dices eso, "Guapo"?

—Porque son los primeros delincuentes que se burlan de mí...

XII
OTRO AVISO
LONQUIMAY ENVIA EL SEGUNDO AVISO

TUCAPEL recibió el segundo aviso. Era indudable que el indio, rondando el rancho, aprovechó la ausencia de la gente para dejarle la misiva.

"Ya es hora, — le decía — de que te decidas. No solamente peligra el niño, sino tu lengua, renegado. He de castigarte más pronto de lo que supones...".

Tucapel pareció no impresionarse por el injurioso papel. Llamó a Lonco Luan y le advirtió:

—Hijo mío... Lonquimay quiere pelea. Lonquimay quiere muerte. Cuídate porque es un miserable traicionero...

—¡Oh, Tucapel, pierde cuidado! Ni a tí, ni a mí, ni a ninguno de nuestros amigos, le pasará nada grave.

Pero, Lonco-Luan si era sincero en su afirmación y no hablaba para conformar a Tucapel, se equivocaba. Lonquimay era capaz de atacarlos y de poner en ejecución un terrible plan de venganza.

Al anochecer, Tucapel quedó solo, junto a los leños encendidos, tomando "mate". Los demás hombres habíanse alejado hacia el Norte, acompañados por Eleonor. De pronto y antes de que el indio pudiera reponerse de la sorpresa, Lonquimay cayó sobre él. Rodó Tucapel y fracasó al pretender incorporarse. Rápido, el indio rencoroso le sujetó las muñecas con una soga, al tiempo que le decía:

—Renegado, vas a morir como mueren los cristianos asesinos.

En seguida preparó una gruesa soga y la anudó en la rama de un árbol.

—Cuando vengan los tuyos, te encontrarán colgado.

Lonquimay maniobraba con asombrosa rapidez, comprendiendo que de un momento a otro podían llegar los demás hombres.

Anudada la soga y el lazo, Lonquimay levantó a Tucapel y lo arrastró hasta el árbol. Dió un tirón a la soga y el lazo descendió. Lo colocó alrededor del cuello de Tucapel y ya se disponía a elevarlo, cuando se escuchó un silbido.

—¡El maldito! — rugió Lonquimay.

Tucapel, en un supremo esfuerzo, logró responder al silbido de Lonco-Luan. Era la respuesta convenida anunciando el peligro inminente.

—¡Calla, perro! — gritó Lonquimay.

Tucapel vió como su enemigo soltaba la cuerda y se llevaba las manos al corazón para caer como fulminado a sus pies.

—¡Padre! ¡Padre!... Lonquimay quería la muerte y la muerte le ha llegado en una flecha.

El agente de la comisaría de Nahuel Huapí...

Cuando retornaron los amigos supieron el triste fin del indio rencoroso y vengativo.

XIII
MIEDO
DESPUES DE LA MUERTE DE LONQUIMAY

MR. Gordon Burke tuvo miedo. Los tres pillastres también experimentaron esa sensación al saber la muerte de Lonquimay.

—Esto se complica, Mr. Burke, — dijo Jameson. — ¿Qué hacemos con el niño? Antes me parecía muy bien que lo tuviéramos en rehén, porque quien trataba el asunto era el indio y a la postre él era el único responsable. Pero, ahora, ¿quién de nosotros se atreve a utilizar a la criatura para el chantage?

—¿Y si le ocurriera algo? — interrogó Charles.

Dunn dió su opinión:

—Lo mejor será que nos desprendamos del niño. Lo ponemos de patitas en la carretera y aquí no pasó nada. Si nos llamaran a declarar diremos que nada sabemos de Lonquimay.

Mr. Gordon Burke comprendía que tenían razón los pillastres, pero, le dolía desprenderse del niño y desperdiciar la oportunidad de hacerles confesar dónde se hallaba el tesoro.

—Vea, Mr. Gordon, — le dijo Jameson — nosotros largamos al niño y procuramos vigilar a esos hombres. Si ellos saben dónde está el tesoro escondido, lo sabremos nosotros también, no se preocupe.

Mr. Burke no tuvo otro remedio que aceptar la opinión de la mayoría y el niño Jack fué llamado a presencia de los cuatro.

Jameson le entregó un trozo de pan y una botella de agua.

—Toma y vete. Nosotros no queremos saber nada. El que te trajo aquí fué Lonquimay y Lonquimay ha muerto.

El pequeño Jack observó la huella. ¿Para qué lado tomar? ¿Hacia donde el horizonte se recorta en bardas? ¿Hacia las cumbres nevadas? El niño fué hacia las cumbres nevadas encomendándose a Dios.

XIV.
SOLO
[illegible]

CORRIA el niño por la huella desconocida. ¿Dónde se hallarían sus padres? ¿Hacia qué punto cardinal debía dirigir sus pasos? Pequeño e indefenso ser, expuesto a todos los peligros, sin saber qué sendero tomar ni dónde clamar auxilio, la criatura perdida iba hacia las cumbres nevadas. El cansancio doblaba su cuerpecito y lo tumbaba. Pero, la visión de la madre desesperada le daba ánimos para proseguir corriendo. Tenía hambre y la sed comenzaba a molestar su garganta. Ni una mata, ni un árbol, ni un arroyo. Y el niño corría en el oscurecer y fué adentrándose en la noche.

—¡Tengo sed! ¡Tengo sed!... — gritaba.

Y no le quedaban lágrimas para llorar.

De pronto vió frente a él un hilo de agua y se dejó caer extenuado. El agua, rompiéndose en las piedras, caía sobre su rostro, mojaba sus labios resecos.

Dios habíase apiadado de la pobre criatura.

XV.
LA BANDA
SE APROXIMA AL SUR

RESNECK lo había dicho:

—O terminamos con ellos o ellos acaban con nosotros. La aventura ya cansa. Esto es más aburridor que la guerra. Quiero el encuentro decisivo.

Leiva le respondió:

—Muy bien, Resneck. Confío en su juego y confío también en su puntería. Eliminando al comisario nos sacamos un peso de encima. Más fácil nos resultará arreglar la cuenta a Tucapel.

Bill intervino:

—Lo que debe interesarnos sobre todo, jefe — dijo dirigiéndose a Resneck — es el tesoro. Si en verdad existe debe ser nuestro en breve tiempo. Una vez conquistado — agregó señalando a Leiva — ¿vendrá usted con nosotros al Norte?

—A cualquier parte donde los esbirros no me muerdan los talones — repuso el bandido.

La banda marchaba hacia el Sur tal como anunciara el telegrama recibido en Nahuel Huapí.

Pero tanto Resneck, como Bill y Leiva ignoraban que en el Sur se preparaban a recibirlos con estrépito.

XVI
EN BUENOS AIRES
Mr. HUDSON, HENRY Y ETHEL

MISTER Hudson, Henry Duvernois y su esposa Ethel, desembarcaron en Buenos Aires una mañana lluviosa. La ciudad los sorprendió agradablemente, con sus enormes edificios, sus calles, su movimiento de urbe progresista.

Pero ellos no venían a admirar la ciudad del Plata como simples turistas. Eran aves de paso que debían cumplir una misión en el Sur argentino.

Mr. Hudson solicitó al mozo del hotel un horario de trenes. Mr. Hudson hablaba en español y sabía más de lo que Henry se imaginaba.

—Tenemos tren mañana a las siete. Llegaremos a Zapala pasado mañana.

Así lo hicieron. Una vez en Zapala, Mr. Hudson revisó su libreta de notas y realizó una investigación muy reservada. A las pocas horas conocía el itinerario de Mr. Gordon Burke y de sus tres acompañantes.

—Estaban en Nahuel Huapí. Es un paisaje hermoso. Creo que nos distraeremos mucho, Ethel.

El inquilino de la oficina 727, en el décimonoveno piso del edificio de la Gold Sidney en Broadway, permaneció en su pieza del hotelito de Zapala, durante toda la tarde, engolfado en el estudio de toda una papelería. Sobre la mesita de noche estaba el estuche con el brillante.

Mr. Hudson examinaba la alhaja con su lente. El examen lo dejó satisfecho, sin duda alguna, puesto que dijo en voz alta:

—Es el mismo. Es el brillante que le robaron a Conrad Weiss de su caja de hierro. Es el brillante que debía vender Henry Duvernois, corredor de alhajas, por cuenta de una casa importadora de París...

XVII
BUENA CAZA
EN PODER DE LOS BANDOLEROS

EL despertar del pequeño Jack fué terrible.

—¡Padre! ¡Padre! — gritó al observar los rostros de los hombres que le rodeaban.

—Callate, con mil diablos o te corto la lengua — rugió uno de ellos.

—¡Buena caza!... — dijo otro riendo.

—¿Tu padre es Jimmy, verdad?

El niño no respondía.

—¿Tu padre es Jimmy el Pellencendido? — repitió la pregunta el sujeto tenebroso. ¿Es que no sabes hablar? ¡Piénsalo bien, criatura: si hablas, nada te pasará! Si te niegas a pronunciar una palabra, aquí mismo te enterraremos.

El niño temblaba de espanto.

—¿Tu padre es Jimmy?

—Sí.

—¿Jimmy está con Joe, Dick, y tu madre en la cueva de Tucapel?

—Sí.

—¿Allá en los lagos?

—Sí.

—Muy bien. Eso es hablar. Toma.

Y el hombre arrojó junto al niño un trozo de pan. La criatura hambrienta lo recogió y se lo llevó a la boca.

El hombre que hablaba era Resneck y los otros, sus cómplices, tan asesinos como él.

El niño habíase librado de Mr. Burke y sus tres pillos, pero, para su desgracia, había caído en manos de los bandoleros del Norte.





















MOCITO Y PALOMINA

Por G. G. DRAYTON











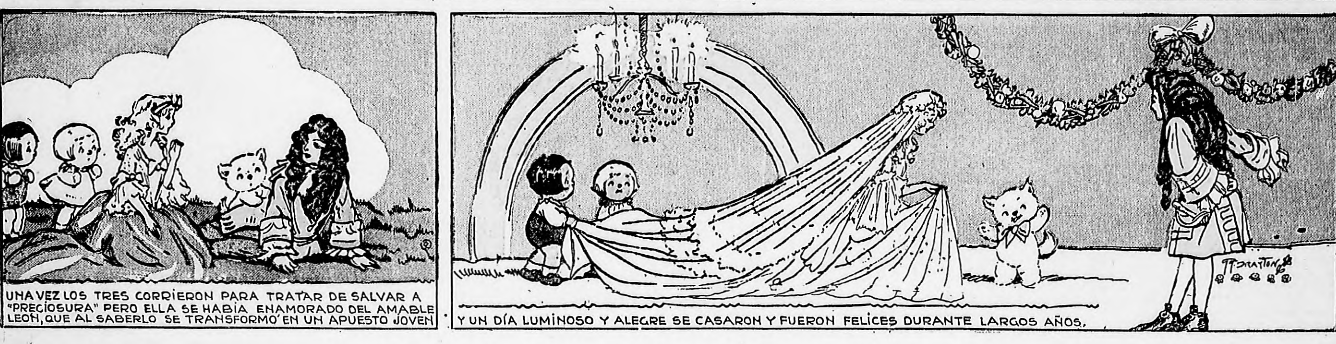












EL SOL SOBRE LA MESA

por M. ILYN

HAY gente que cree que todo invento es obra de una sola persona; por ejemplo que Edison inventó la lamparita eléctrica de un golpe y porrazo. Empero, en realidad, Edison ha sido uno de los numerosos trabajadores que colaboraron en el invento de dicha lámpara.

EPOCA DE LA HOGUERA

ALUMBRADO DE VELA

Antaño no había ni un solo farol en las calles de las ciudades y los habitantes de éstas pasaban las veladas en el interior de sus casas a la menguada luz de una vela de sebo o de una humosa lámpara de aceite. Comparando aquella lámpara parecida a una tetera con nuestra bombita eléctrica no encontramos entre ellas ninguna semejanza.

LA HOGUERA

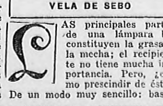
HACE 1500 años en el lugar donde hoy se halla París se encontraba una pequeña y sucia villa, llamada Lutecia, que consistía de cabañas de madera con techos de paja o de teja. Al entrar a una de esas casuchas, que no tenían más que una sola habitación, hubiéramos visto una hoguera encendida en medio de ésta. Para dar salida al humo se practicaba un ancho agujero en el techo. Pero, a pesar de eso, el humo llenaba el cuarto penetrando en los ojos y en los pulmones de sus habitantes que se servían de la hoguera tanto para preparar la comida como para alumbrar y calentar su pieza. Encender el fuego en el interior de una casa de madera era una cosa muy peligrosa. No hay que asombrarse, pues, de que en aquel entonces los incendios fueran muy frecuentes y de que los hombres experimentaban un pavor supersticioso al fuego.

Poco a poco los hombres se dieron cuenta de que para alumbrar sus viviendas no había necesidad de encender una hoguera, que gastaba mucha leña, cuando un sólo pedazo de ésta, sobre todo impregnado de alquitrán, daba suficiente luz. De este modo apareció la antorcha.

PRIMERA LAMPARA

A falta del alquitrán muchas veces el palo de la antorcha se impregnaba de grasa. Andando el tiempo los hombres comprendieron que la duración de la luz dependía del alquitrán o de la grasa y no de la madera, de modo que se podía prescindir de ésta para el alumbrado. Empezaron a llenar algún plato de barro o de piedra con alquitrán o con sebo y a encenderlo. De este modo apareció la primera lámpara. Pero, a pesar de que su luz duraba más que la de la antorcha, la gran incomodidad de esta lámpara estribaba en el humo que desprendía.

El humo que desprende la lámpara es el mismo hollín, es decir pedacitos de carbón. Pero, ¿de dónde viene el carbón en la llama de una lámpara? Del kerosene, del sebo o del alquitrán, según lo que se queme en ella. Es cierto que en dichos materiales no vemos carbón; pero de igual modo no vemos manteca en la leche. La lámpara de kerosene, estando en buenas condiciones, no humea, pues en su llama se quema todo el carbón. La lámpara antigua siempre echaba humo y era porque no le alcanzaba aire y no todos los pedacitos del carbón llegaban a quemarse en la llama. La falta de aire procedía de que en la lámpara se quemaba de golpe demasiada cantidad de grasa. Era necesario arreglarla de modo que la grasa llegase al fuego en pequeñas cantidades. Para eso inventaron la mecha.



VELA DE SEBO

LAS principales partes de una lámpara las constituyen la grasa y la mecha; el recipiente no tiene mucha importancia. Pero, ¿cómo prescindir de éste? De un modo muy sencillo: basta sumergir una mecha en el sebo derretido y caliente y luego sacarla; toda la mecha se cubrirá con una capa de sebo y, una vez enfriada, resultará una vela.

Las velas de sebo también costaban caro. Por eso, hace cien años, familias enteras pasaban las veladas con la luz de una sola vela. Cuando llegaban las visitas se encendían dos o tres y todos consideraban su luz profusa. Un baile alumbrado por cuatro velas nos parece ridículo, puesto que la luz de una lamparita de 16 bujías es escasa para nosotros. Ahora no nos conformaríamos ni siquiera con el alumbrado de velas de estearina; y sin embargo nuestros antepasados se contentaban con la luz de las velas de sebo que son mucho peores.

Antaño, cuando le preguntaban la hora a un hombre, éste no solía mirar el reloj, sino la vela. Y no lo hacía por ser distraído, sino porque en aquel entonces las velas servían no sólo para alumbrar sino también para medir el tiempo. En la capilla del rey Carlos V día y noche ardía una vela grande dividida por medio de rayas negras en 24 partes que representaban otras tantas horas. Criados especiales tenían la obligación de comunicar de vez en cuando al rey hasta qué raya se había quemado la vela. Naturalmente aquella vela era grande; la hacían de un tamaño determinado, con el cálculo de que alcanzara para 24 horas.

LOS FAROLES

DURANTE miles de años los hombres tuvieron que soportar el humo y el mal olor de las primitivas lámparas de aceite, sin poder perfeccionarlas. La causa de esto era muy sencilla: para inventar una buena lámpara había que saber qué es lo que pasa con el aceite cuando se quema; y era precisamente lo que nadie sabía en aquel entonces. Recién hace 150 años los hombres llegaron a comprender en qué consistía la combustión y entonces empezaron a mejorar sus lámparas.

Ahora todo escolar sabe que para la combustión hace falta el aire y, desde luego, un aire puro.

Si colocamos una vela encendida en un tarro que luego cubrimos con una tapa, la vela arderá bien los primeros segundos, después su llama empezará a disminuir y por fin se apagará. Si volvemos a encender la vela y la colocamos de nuevo en el mismo tarro, aquélla se apagará en seguida. El recipiente contiene aire, pero le falta algo que es indispensable para la combustión y este "algo" es un gas que forma parte del aire y que se llama "oxígeno". Mientras arde la vela el oxígeno se gasta y desaparece.

Un solo hombre, que vivía hace más de cuatro siglos, comprendió lo que era la combustión y era este un pintor, sabio e ingeniero italiano, Leonardo da Vinci. Este comprendió que para tener suficiente cantidad de aire había que poner encima de la llama un tubo por el cual saldría el aire caliente, arrastrando consigo el vapor y el óxido de carbono y dejando lugar a que penetre de abajo, el aire puro que contiene oxígeno necesario para la combustión. De este modo fué inventado el tubo de la lámpara. Al principio lo hacían de lata y lo colocaban más arriba de la llama. Sólo 200 años más tarde a un farmacéutico francés, Quinqué, se le ocurrió hacer este tubo de vidrio; pero tampoco él pensó en que, desde el momento que el tubo era transparente, se lo podía bajar y colocar en el mismo lugar de la llama. Pasaron 33 años más hasta que a un suizo Argand se le ocurrió esta cosa, que parece tan sencilla a primera vista.

De este modo, poco a poco, iba formándose la lámpara por partes: primero apareció el recipiente para el aceite, luego la mecha y por fin el tubo.

LUZ EN LAS CIUDADES

PARIS fué la primera de las ciudades cuyas calles empezaron a alumbrarse. Al principio la policía dió orden a los habitantes de colocar, desde las nueve de la noche, en una ventana de la planta baja de sus casas una lámpara encendida. Luego se formaron sociedades de hombres que por cierto precio alumbraban el camino a los transeuntes con faroles o antorchas. Al cabo de varios años en París aparecieron los faroles callejeros. Fué un acontecimiento de suma importancia y para conmemorarlo el rey Luis XIV ordenó acuñar una medalla. Veinte años después de París se alumbró Londres. Un hombre de espíritu emprendedor, llamado Eduardo Geming, se contrató por una suma módica a alumbrar las calles de la ciudad a razón de un farol por cada diez casas.

Historia de los esfuerzos por perfeccionar la luz: desde la hoguera hasta la lamparilla eléctrica

LUZ DE GAS

NUESTROS antepasados llevaban una vida bastante triste, obligados a pasar las noches con la luz de las velas de sebo ó de las lámparas de aceite. Leer o coser con semejante alumbrado era empresa asaz difícil y los hombres empezaron a buscar modos de mejorarlo. Se empeñaron en encontrar algún material que pudiera substituir al aceite; por fin dieron con éste y era el gas.

Pero, ¿cómo se puede quemar el gas en una lámpara y de dónde procede aquél? Al apagar una vela verá subir de su mecha un humito. Si le aplica un fósforo encendido la llama pasará a través del humo y llegará hasta la mecha de la vela que volverá a encenderse. La vela representa una fábrica de gas en miniatura.

Un inglés, llamado Guillermo Mordok, comprendió que en vez de producir el gas en la lámpara se podía prepararlo en una fábrica y de allí mandar por medio de cañería hasta los mecheros. En vez de usar el sebo o el aceite para la fabricación del gas empleó el carbón que resultaba más barato. Mordok era un obrero que luego ascendió a ingeniero de la fábrica de máquinas de Boulton y Watt; era él que construyó la primera locomotora en Inglaterra. Junto a la fábrica en que trabajara, Mordok organizó la fabricación del gas. Era una empresa sumamente difícil. El ingeniero sabía que para conseguir el gas había que caldear el carbón; pero entonces éste se quemaría sin dejar rastros del gas. ¿Cómo salir, pues, de aquél círculo vicioso? Mordok resolvió el problema caldeando el carbón en una marmita cerrada, denominada retorta, que no daba acceso al aire. En este caso el gas no se quema y se lo puede dirigir a cualquier parte por medio de una cañería especial.

El descubrimiento del gas de alumbrado produjo a los hombres de aquel entonces una impresión como la que provocó en nuestros días el invento de la radiotelegrafía o la construcción del primer aeroplano. Todo el mundo no se interesaba de otra cosa que no fuera el gas. Las revistas humorísticas le dedicaban un sinnúmero de versos y de caricaturas, los diarios llenaban sus columnas con las descripciones del nuevo invento.

Hoy día en todas las ciudades grandes hay fábricas de gas de alumbrado que corre por la cañería colocada debajo de la tierra, como la del agua corriente. La diferencia consiste en que el tanque de agua se coloca cuanto más alto para que el agua corra por medio de la presión y pueda llegar hasta los pisos altos, mientras que las fábricas de gas se construyen en las partes más bajas de la ciudad pues, siendo muy liviano, el gas sube con más facilidad que baja. El gas sirve no sólo para el alumbrado, sino también para las cocinas, calefones de baño, etc.

tancia y pa-

LAMPARA SIN FUEGO

POR más que parezca increíble se puede recabar luz de un hilo de fierro. Para eso basta someterlo por mucho tiempo a la acción del fuego. A medida que se vaya calentando el fierro se pondrá siempre más rojo, luego se volverá amarillo y por fin blanco. Para que llegue a este punto de ignición se necesitan 1300 grados de calor. Si a uno de nuestros antepasados le hubieran dicho que puede haber lámpara sin fuego lo creería absolutamente imposible. La primera lámpara sin llama fué inventada por un químico inglés Humfry Devy. Este tenía que trabajar en condiciones muy difíciles. En aquel entonces eran escasas las personas que tenían idea de la corriente eléctrica. No existían máquinas para producirla y la corriente se fabricaba en los laboratorios de los sabios con ayuda de la batería de elementos galvánicos. Ustedes habrán visto la batería de una linterna eléctrica o la del timbre de su casa. No vale la pena describir la construcción del elemento. Basta saber que en este se fabrica la corriente eléctrica que luego va por el hilo hasta la lamparita de la linterna o hasta el timbre. De allí, por otro hilo, la corriente vuelve al elemento. Este viene a ser lo mismo que una bomba que manda el agua por los caños de igual modo como la pila manda la corriente eléctrica por los hilos. El punto en el que la corriente pasa del elemento en el hilo se llama polo positivo. El lugar del que la corriente vuelve a la pila se denomina polo negativo. Para obtener una corriente de más fuerza se unen varios elementos y resulta una batería de elementos eléctricos, o galvánicos que es lo mismo.

Humfry Devy hizo una vez la siguiente experiencia: tomó dos palitos de carbón uno de los cuales unió por medio del hilo con el polo positivo y el otro con el polo negativo. Al acercar las puntas de esos palitos la corriente saltó de una a otra, las puntas se calentaron hasta ponerse blancas y entre ellas apareció un arco de fuego azulado.

ARCO VOLTAICO

SI pudiéramos mirarlo más detalladamente veríamos un torrente de partículas de carbón candente volando desde el palito positivo hacia el negativo. A consecuencia de eso en el primero se forma un hueco y en el segundo un promontorio. La distancia que separa los palitos aumenta siempre debido a que el carbón se va quemando poco a poco. Para no dejar que se apague el arco es menester acercar de vez en cuando los palitos. Dicho arco se llama "voltaico", en honor del sabio Volta.

TOMAS EDISON

LAS lámparas de arco voltaico daban una luz demasiado fuerte. Es imposible poner sobre la mesa de escritorio una lámpara de centenares de bujías pues resulta demasiado cara y además puede uno quedar ciego. Por eso empezaron a cavilar para disminuir la fuerza de la luz de las lámparas eléctricas y por fin comprendieron que por medio de la corriente se puede hacer llegar el carbón al estado de ignición de un modo más sencillo, sin el arco voltaico. La primera lámpara buena con un hilo de carbón fué inventada hace 50 años por el célebre sabio norteamericano Tomás Edison.

En vez de un palito de carbón Edison colocó en la lámpara un hilito del tejido de bambú carbonizado y para que éste no se quemase sacó todo el aire de la bombita. La punta que vemos en toda lámpara eléctrica es el resto del cañito de vidrio por el que se saca el aire por medio de una máquina neumática. Una vez extraído el aire de la bombita, al caño se le aplica una llama fuerte que lo hace reventar; la punta que queda en la lamparita se suelda luego. De este modo Edison logró hacer las bombitas en las que el hilo duraba hasta 800 horas sin quemarse.

LUZ, MAS LUZ

ES curioso que cada lámpara que se inventaba aprovechaba todo lo mejor de sus rivales, las precedentes. Las lámparas de gas y de kerosene toman de la de aceite el mechero de Argand. La lámpara eléctrica adquiere de las de gas y de kerosene el carbón en estado de ignición. Entonces la lámpara de gas prescinde del carbón en la llama y lo substituye por la redecilla de Auer. A su vez la lámpara eléctrica deja a un lado el hilito de carbón, cambiándolo por un filamento de metal y con eso da lugar a la aparición de la lamparita que se llama económica. El hombre puede estar satisfecho de su obra.



EL MECHERO DE GAS



LAMPARA DE ACEITE

LAMPARA DE PETROLEO

LA LUZ FUTURA

DA su luz la luciérnaga sin ignición y no irradia rayos rojos; es por eso que su luz es tan agradable para la vista. Los futuros inventores tendrán que aprender algo de este gusanito. Si logran arrancarle su secreto, el alumbrado resultará mucho mejor y más barato que hoy en día.

Según hemos visto, no era un hombre el que trabajó sobre el invento de la lámpara sino una enorme multitud de hombres en varios países y en distintas épocas. Este trabajo empezó hace mucho, mucho tiempo. Los sabios opinan que hombre aprendió a hacer fuego 50 mil años atrás. Pero la historia del alumbrado no empieza desde la hoguera sino desde la antorcha, es decir desde el momento cuando el hombre hizo la primera tentativa de separar la luz del calor.

De este modo hemos recorrido a través de los siglos el largo camino de la perfección del alumbrado desde la hoguera hasta la lamparita Osram.

Pero es evidente que la conquista de la luz no se terminará con la lámpara eléctrica. Para librarnos de los rayos de calor tendremos que obtener la luz no por medio de ignición, sino de algún otro modo aun desconocido.

Las ciudades del futuro se iluminarán de noche por una fuerte luz verdosa, parecida a la de la luciérnaga.

BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA

Por Jimmy Murphy





¡NO PASARA!

Eliminando de raíz la tos, Solución Dufour cierra las puertas a la tuberculosis. La tos más violenta y persistente, rebelde a todo otro tratamiento, cede definitivamente ante los primeros ataques a fondo de Solución Dufour, científica preparación de fama mundial contra la tos y afecciones de las vías respiratorias

Preparadas en las Grandes Fábricas y Lab. Farmacéuticos Argentinos de la Droguería de LA ESTRELLA Ltda.

En Venta En Las Mejores Farmacias

SOLUCION DUFOUR